

# **INTERVENCION DE JOAQUIN DE CHURRIGUERA**

## **EN LA CONSTRUCCION DE LA BASILICA DE LOYOLA**

*Por JOSE RAMON EGUILLOR, S. I.*

La Casa Solar de los Loyola, por mediación de la Reina Madre doña Mariana de Austria, pasó a manos de los jesuitas en febrero de 1682.

Seis años más tarde, en 1688, comenzaban a abrirse las zanjas para los cimientos del grandioso Colegio-Monumento de San Ignacio que había de envolverla.

Al principio las obras avanzaron rápidamente; después, de 1704 a 1717, los trabajos casi se paralizaron por la falta de dinero producida por las requisas o «valimientos» reales de la Guerra de Sucesión; y sólo a los cincuenta años de comenzados, el 31 de julio de 1738, podían inaugurarse ya el cuerpo central con su magnífica iglesia, y el ala derecha que envuelve a la casa del Fundador.

Durante veintinueve años más se siguió trabajando en ultimar lo hecho —así el altar mayor se labró de 1747 a 1757, y en 1758 se colocó en él la estatua de San Ignacio de Francisco de Vergara— y en la construcción del ala izquierda, hasta el 3 de abril de 1767, en que el rey Carlos III expulsó a los jesuitas de España y de sus posesiones. Este golpe y la posterior extinción de la Compañía de Jesús en la Iglesia por el Papa Clemente XIV en 1773, les valieron a los jesuitas una ausencia de 49 años y a los trabajos del edificio un larguísimo paro de 118 años, pues, aunque en 1814 el Papa Pío VII restauró la Compañía en la Iglesia, y en 1815 el rey Fernando VII la readmitió en España, y los Padres, de hecho, regresaron a Loyola en 1816, las conmociones políticas del siglo XIX en España trajeron consigo cuatro nuevas disoluciones de la Compañía de Jesús desde 1821 hasta 1823, desde 1835 hasta 1851, desde 1854 hasta 1856, desde 1868 hasta 1875; nunca había tiempo ni tranquilidad para continuar la obra interrumpida. Hasta que, por fin, más estabilizados los Padres

a partir de 1880, rápidamente, en tres años —de 1885 a 1888— le pusieron feliz término en la fiesta de San Ignacio, a los dos siglos exactos de comenzada.

---

Los planos del edificio los ideó y trazó el italiano Carlo Fontana, discípulo el más capaz del gran Bernini. Pero Fontana nunca vino a Loyola: los arquitectos —«maestros» los llamaban entonces— encargados de ejecutar su proyecto fueron todos locales:

1) Al principio —bajo la supervisión del jesuita flamenco H.<sup>o</sup> Bogan— JOSE DE LA INCERA

2) A partir de 1693 MARTIN DE ZALDUA, que, con la paralización de la obra, cesó en 1705. A él se debe la introducción de importantes modificaciones en los planos de Fontana: la girola de la iglesia, el pasadizo desde la portería hasta la iglesia por delante de la fachada principal de la Santa Casa, las monumentales escalinatas interiores, los áticos de la fachada... En el intermedio de la paralización hizo a la vez de Aparejador y de Maestro provisional para cosas menores —como la construcción de la vecina Hospedería— el cantero Antonio de Larraza.

3) SEBASTIAN DE LECUNA, vecino de Oyarzun, entró como Maestro el 1.<sup>o</sup> de septiembre de 1719, y murió en Ermua en 1733. Al principio de su mandato tuvo lugar la importantísima consulta sobre la construcción de los arcos de la iglesia de que hablaremos después.

4) Hacía ya muchos años que venía distinguiéndose como tallista —hasta el punto de que a partir de 1721, según el libro de cuentas, aparece percibiendo gratificaciones extraordinarias— el joven azpeitiano IGNACIO DE IBERO; al morir Lecuna, desde 1734 él figura en adelante durante treinta y dos años como Maestro de la obra, siempre muy apreciado hasta su muerte, que acaeció en Loyola, junto al Santuario, el 30 de junio de 1766, nueve meses antes de la expulsión de los jesuitas.

5) Durante esos últimos meses le sucedió en el cargo su yerno JAVIER IGNACIO DE ECHEVERRIA.

6) Por fin, el encargado de terminar el edificio en los años 1885-1888 fue el Arquitecto diocesano PEDRO DE RECONDO, de Irún.

---

He querido adelantar los dos anteriores esquemas sintéticos sobre las fechas y sobre los Maestros del edificio de Loyola como un enmarcamiento orientador en orden a una más fácil comprensión del significado e importancia de la intervención de Joaquín de Churriguera en un momento crítico de la construcción.

Sin perjuicio de hacer en otra ocasión un desarrollo más amplio del tema, lo único que hoy pretendo es aclararlo con la presentación de unos manuscritos aún inéditos existentes en el Archivo Histórico de Loyola, y con la aportación de unas observaciones personales.

Tal vez mi sugerencia anime a algún técnico de la Arquitectura a estudiar en Loyola el difícil y sugestivo problema de su estereotomía.

Los manuscritos a que me refiero están encuadrados en el libro «Documentos Históricos de Loyola Señorial y Religiosa» (Signatura 1-4-1, núm. 52), y son los siguientes:

1. La consulta que, en los primeros meses de 1720, hizo a diversos peritos el nuevo Maestro de las obras de Loyola, Sebastián de Lecuna, natural de Oyarzun. Desgraciadamente faltan los dibujos ilustrativos que acompañaban a la consulta y a los que Lecuna remite en ella.

2. La respuesta de uno de los peritos consultados: Fray Pedro Martínez, el gran arquitecto benedictino que vivió principalmente en Cardaña, fue Maestro de Obras de la Catedral de Burgos, y murió en Oña.

3. Una carta que, terminada la estancia de Churriguera en Loyola, y por su medio, envió el 19 de abril de 1720 el Procurador de Loyola H.º Martín de Vergara al Provincial P. Francisco Pablo Mazario a Burgos. Este, con fecha 7 de mayo, le devuelve al H.º Vergara su misma carta apostillada al margen con una amplia respuesta.

Según estos documentos (amén de otros más conocidos y citados, como el Diario de Loyola y varios libros de cuentas) ¿cuál fue el principal problema que se le planteó al nuevo Maestro de Obras Sebastián de Lecuna?

No —como han escrito algunos— la «cubrición del atrio» o pórtico de la Basílica, sino, ante todo, la construcción de los ocho arcos imperiales del interior de la Basílica misma, cuyas pilastras y puntos de arranque estaban ya preparados; aunque, eso sí, la solución que se diera a los arcos y a las bóvedas del interior de la Basílica sería

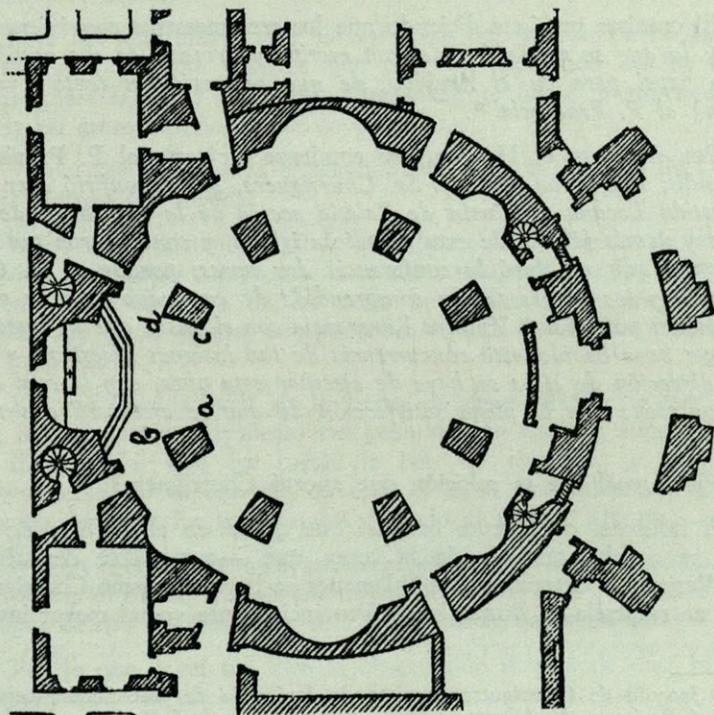
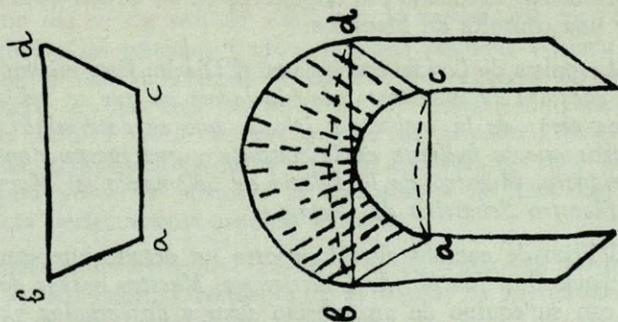
también aplicable a los tres arcos y a las bóvedas del atrio exterior, al menos en general.

Si se examina la planta de la rotonda de la Basílica —en la cual, precisamente por tratarse de una rotonda, todo es radial abriéndose a partir del centro en forma de abanico, y todo es curvilíneo mirando hacia el centro—, se observa que la línea de arranque de cada arco (a, b) que ofrece cada pilastra, forma, en combinación con la otra línea de arranque de su vecina (c, d), un trapecio. Esto quiere decir que, si se echa un arco todo él de medio punto proporcional a la distancia de los arranques (ac, bd), en su porción interior que mira al centro de la Basílica será más bajo, y más alto en su porción exterior, o sea, que resultará un arco abocinado.

Tales arcos abocinados ¿serían bellos en el conjunto de la obra de la Basílica? Sus fajas inclinadas ¿ofrecerían sostén suficientemente firme a la ingente mole marmórea de los cuerpos superiores? ¿No convendría elevar los arcos en su porción interior o rebajarlos en su porción exterior a fin de que las claves quedaran paralelas al suelo y el peso de los cuerpos superiores descansara en vertical sobre ellas? Sin contar con que todo el conjunto de cada arco —según hemos indicado— había de ser curvilíneo, lo cual complicaba más el problema.

Sebastián de Lecuna entró en Loyola como Maestro el 1.º de septiembre de 1719, y en los meses siguientes —según un libro de cuentas que abarca de 1702 a 1736 y que, según parece, hasta ahora no ha sido estudiado— se le ve, ayudado de un criado, «echando las montañas de los arcos de la Iglesia, cortando las plantillas y trazando los arcos y otras cosas»: la misma frase, y la coletilla que se añade de que eso lo estuvo haciendo durante «más de un mes», reflejan su perplejidad.

Consultados los peritos, unos decían una cosa y otros otra. Fray Pedro Martínez, en su informe, se aferra tenazmente a los arcos abocinados, como los del anfiteatro de Verona y los del Coliseo de Roma; ni ve dificultad en las claves inclinadas en orden a la sustentación de los cuerpos superiores, y aduce como prueba el ejemplo de los arcos y cúpula del Escorial; y para el caso de que a toda costa se quieran obtener unas claves paralelas al suelo, propone en último término una solución un tanto peregrina: manteniendo el arco abocinado, elevar oblicuamente desde dentro las impostas o líneas de arranque del arco hasta que los dos puntos extremos interiores compensen la inclinación de las claves.



Como los peritos consultados no estaban acordes en la solución del problema, Lecuna o los Superiores de la Orden optaron por convocar una consulta de Maestros.

El cronista de Loyola consigna en el Diario: *Este mismo año [1720] hubo consulta de Maestros sobre la forma en que se habían de levantar los arcos de la fachada e iglesia, que se determinó por los tres maestros que se hallaron en la consulta y que fueron don Joaquín de Churriguera, Maestro de la Iglesia de Salamanca, el Maestro Zaldúa, y el Maestro Sebastián de Lecuna.*

El libro de cuentas aludido aporta un detalle interesante y pintoresco: que *Don Juachín de Churriguera, Maestro mayor de Salamanca, vino con su equipo de un sobrino suyo y dos criados y otros camaradas.*

El cronista prosigue diciendo que los tres maestros *convinieron en todo; lo que se resolvió y dejaron escrito y firmado de sus nombres; cuyo papel para en el Archivo, de que se envió un tanto [=una copia] al P. Provincial\*.*

Por su parte el H.<sup>o</sup> Vergara comienza su carta al P. Provincial diciendo: *Llegó con salud el Sr. Churriguera, quien confirió ayer con Sebastián Lecuna y Martín de Zaldúa acerca de la formación de los arcos y demás fábrica de esta grandiosa iglesia, y concordaron tan brevemente, que no duró la conferencia dos horas, porque el Sr. Churriguera y los demás tenían comprendida de antemano toda la obra. No puedo ponderar a Vuestra Reverencia con el gusto que he quedado de que haya habido esta concurrencia de tan insignes maestros, y que por dirección de ellos se haya de ejecutar esta obra, con la cual quedamos todos con la plena satisfacción de que se ejecutará con todo acierto.*

Pero ¿cuál fue la solución que aportó Churriguera?

A falta del documento original que quedó en el Archivo de Loyola, y a falta también de la copia que —como dice después el H.<sup>o</sup> Vergara— de vuelta para Salamanca se llevó el mismo Churriguera para entregársela en Burgos al P. Provincial, puse yo mi mayor interés

---

\* Joaquín de Churriguera es nieto de José, hijo de José Simón, hermano de José Benito y de Alberto, y tío —por parte de José Benito— de Matías, Jerónimo y Nicolás.

El anterior Maestro de Loyola Martín de Zaldúa, a la sazón dirigía la obra de la Iglesia y Colegio de los Jesuitas en Lequeitio.

en llegar al conocimiento de la solución por la observación directa de los arcos desde todos los puntos de vista posibles. Nada me satisfacía; hasta que un día se me ocurrió subir por la escalera de caracol que lleva al coro y a las bóvedas, y mirar por una pequeña ventana triangular que da al atrio a la altura misma del arco exterior de la derecha. La prueba era intuitiva: se veían las dos líneas —interior y exterior— del arco a partir de sus puntos de arranque; después la línea exterior desaparecía (señal de que se elevaba más que la línea interior), para volver a aparecer al acercarse a la clave del arco; y la clave era perfectamente paralela al suelo.

La conclusión era evidente: Los arcos de la Basílica de Loyola son abocinados en sus lados, y rebajados en el remate de su porción exterior; y el peso de los cuerpos superiores cae sobre las claves en perfecta verticalidad.

Pero hay que añadir que, en los arcos del interior de la Basílica, la faja más extrema exterior que rodea a cada uno de los arcos, Churriguera la elevó con audaz abocinamiento hasta la altura de los arcos del muro exterior de la nave anular.

Y con esto tocamos ya el segundo punto de la consulta de Lecuna a los peritos: las bóvedas.

Como en el documento de la consulta, a estas bóvedas se las contraponen al segundo cuerpo y a la media naranja de la cúpula, se debe entender que se trata de las ocho bovedillas de la graciosa nave anular que en el primer cuerpo rodea a toda la Basílica por detrás de las pilastras.

Y como Lecuna habla de la fuerza de sustentación que esas bóvedas han de ejercitar respecto del peso de los cuerpos superiores, se ha de entender que esa fuerza la han de ejercitar, no como las claves de los arcos cayendo en ellas el peso verticalmente, sino en función de contrafuertes laterales de todo el primer cuerpo.

A Fray Pedro Martínez este segundo punto de la consulta, aun con los gráficos, le resultó tan difícil de comprender, que se declaró incapaz de dar respuesta por sólo lo que se le había escrito.

Por lo que a mí me dice la observación directa de esas bóvedas —abajo desde la planta de la nave anular, y arriba desde los desvanes—, veo que, en cada segmento de la nave anular correspondiente a cada altar y al órgano del coro, hay que distinguir una doble bóveda: una falsa bóveda de lunetos (siempre de lunetos, y no alternando bó-

vedas de lunetos con bóvedas de arista como supone el dibujo de O. Schubert en su obra *Historia del barroco en España*), de puro adorno, que es la que aparece a la vista; y otra superior a ella, oculta, que consiste en un complicado entramado de toscos y poderosísimos arbotantes y contrafuertes, y que es la que trabaja y ejercita el oficio de la sustentación de los grandes y pesados cuerpos superiores.

Esto que sucede con las bóvedas le confirma a uno en la idea de Fray Pedro Martínez de que la inclinación de las claves de los arcos abocinados, en orden a la sustentación no hubiera importado gran cosa, puesto que también encima de los arcos visibles hay otros arcos de descarga, ocultos y poderosísimos, que son los que principalmente sustentan el peso. Tanto en los arcos como en las bóvedas que ve el visitante, el problema era más estético que técnico. Y en ambos problemas —estético (visible) y técnico (oculto)— influyó sin duda Churriguera.

En cuanto a las bóvedas exteriores y aparentes de lunetos —según comenzábamos a decir— se apoyan: por los lados más cortos del trapecio, en los arcos propios de la nave anular que hay detrás de cada una de las grandes pilastras de la Basílica; y por los lados más largos, de una parte en el voladizo abocinado de la faja más exterior de los grandes arcos imperiales, y de otra en los otros arcos anchísimos que, como parte del muro exterior de la nave anular, cobijan a los siete altares y al órgano.

Esta solución, en su tanto es aplicable a las varias bovedillas del atrio. Digo «en su tanto» porque allí su misma ingeniosísima planta y las proporciones de sus vanos (que supongo le fueron dados ya hechos a Churriguera: los documentos que manejamos no dan base para pensar otra cosa) imponían ciertas variantes.

Quizá estas diferencias y la necesidad de ver resuelto en sí mismo el problema del atrio fueron los que indujeron a algunos a dar la máxima importancia al problema del atrio olvidándose del problema principal, que era ante todo el de los mismos arcos del interior de la Basílica.

El tercer problema que proponía Lecuna en su consulta a los peritos era el de la ornamentación, en sí misma y en función de la solución del problema de los arcos.

La influencia de Churriguera en Loyola en este punto salta a la vista, y yo no me detengo en él porque ya el P. Rafael M.<sup>a</sup> de

Hornedo, S. I. lo ha estudiado con cierta detención en su magnífico trabajo *La Basílica de Loyola* (Miscelánea Comillas, XXV, 1956).

Unicamente quiero llamar la atención sobre el zócalo con que comienza el segundo cuerpo o tambor —el de los ocho grandes ventanales— de la Basílica: es lo más trabajado, variado y bello de toda la ornamentación interior, aunque desgraciadamente, por estar situado en alto y detrás de una balustrada circular de hierro, apenas se ve ni aprecia desde abajo. Todos son motivos militares —armas, tambores, estandartes, etc.— alusivos a la milicia, primero temporal y después espiritual, de San Ignacio. En la parte correspondiente al coro hay un busto algo tosco y bastante deteriorado de Ignacio aún soldado del mundo; y encima del Altar Mayor hay otro busto —muy bien caracterizado y bellísimo— de Ignacio ya santo, que con sus manos sostiene en alto un lienzo de mármol en el que está inscrito el anagrama del nombre de Jesús (IHS). A la derecha de San Ignacio está representada la Iglesia (una custodia, un Crucifijo y un cáliz), en tranquila posesión; y a su izquierda está dramáticamente expresada una gran lucha y victoria: del nombre de IHS que sostiene San Ignacio sale una llama de rayo que derriba una peana en que se sostenía un busto de Lutero, y continuando adelante, el mismo rayo, ya estilizado geoméricamente en zig-zag, con su punta de lanza hiere en el vientre a una bestia que con sus cinco cabezas representa las herejías.

La visita de Churriguera a Loyola debió de desenvolverse en un clima de cordialidad, que animó a los Padres a hacerle otras preguntas ajenas al programa trazado. Así —según la respuesta del P. Provincial al H.º Vergara— le consultaron sobre la conveniencia de levantar el techo de la Santa Capilla o Capilla de la Conversión en la Santa Casa. El dictamen de Churriguera fue negativo; como fue negativo también —según consta en documento del Archivo— el dictamen del arquitecto jesuita P. Pedro Bastera casi doscientos años más tarde en 1915, por más que no se siguió su dictamen.

Para terminar:

En el libro de cuentas que hemos citado antes, el Procurador H.º Vergara (la letra es suya) dejó consignado: *Item 6.000 reales dados a don Joaquín de Churriguera, Maestro Mayor de la Catedral de Salamanca, que vino de dicha ciudad y estuvo en este Colegio siete días en la consulta que se hizo con su asistencia y de la de Sebastián de Lecuna, Maestro de este Colegio, y de Martín de Zaldúa, para la formación de los arcos de la Iglesia, de que dejaron papel firmado de los tres.*

Más breve pero más expresivo escribe el mismo H.<sup>o</sup> Vergara al P. Provincial: *Le hemos dado al Sr. Don Juaquín cien doblones sencillos, lo que nos ha parecido al P. Rector y a mí lo bastante para no quedar cortos.*

Y el P. Provincial, desde Burgos, le responde satisfecho: *He quedado gustosísimo con haber oído a Churriquera y sabido la uniformidad con que se resolvió la fábrica de esos arcos y de toda la Iglesia. Lo cierto es que lo gastado se debe tener por bien empleado, porque ahora se trabajará sin susto. Y yo estoy sumamente gozoso de haber determinado la concurrencia de Churriquera, quien va contentísimo del agasajo y de la paga.*

JOSE RAMON EGUILLOR, S. I.  
Archivero de Loyola  
31 Enero 1975.